Año XXI.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Num. 24.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,

BELLAS ARTES, NOVELAS, MÚSICA, CRÓNICAS, COSTUMBRES Y LITERATURA.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres méses 45 rs.
La remision se hace por correos el mismo dia en que se publica.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
DIRECTORES PROPIETARIOS: **Sres. De Cárlos y C.ª**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
La remesa se hace por vapores en el mismo dia de la publicacion.

Sumario.—Saco de labor.—Cuello de trencilla.—Colcha de cuna, al crochet.—Bordado de relieve.—Horquillas undulatrices.—Mechones de soldaduras.—Fausta Sorel.—Rosa Deroy, conclusion.—Málaga.—El Doctor Antonio.—Teatro Principal.—Explicacion del figurin iluminado.— El salto del caballo.—Solucion del gerog'ífico anterior.

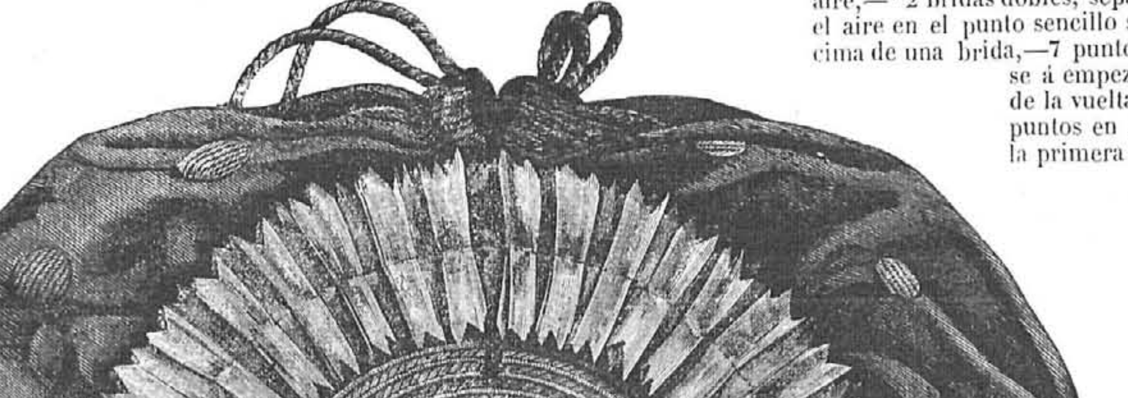
Saco de labor.

MATERIALES.—8 gramos de torzal grueso de seda verde; 2 madejas de la misma seda negra; cuentas de azabache; tafetan negro; un metro de cinta de tafetan verde que tenga dos centímetros y medio de ancho, cordon verde de seda; dos bolitas de madera cubiertas de seda verde y de seda negra; cordoncito fino negro de algodon.

Este lindo saco se compone de dos partes redondas, hechas al crochet y puestas sobre un bullon de tafetan negro. Cada una de estas partes se hace á puntos sencillos y labrados en espiral. Se principia por el medio, y se hacen diez y ocho vueltas que, segun nuestro modelo, forman un pedazo redondo de 9 centímetros y 1/2 de diámetro. En medio de esta parte verde una roseta hecha al crochet con seda negra.

1.ª *vuelta de la roseta.*—Se hace una cadeneta de 3 puntos, reunida en círculo; sobre este se hacen 3 puntos en el aire para formar la 1.ª brida,—despues * 3 puntos en el aire,—una brida en el mas próximo de los puntos de la cadeneta.—Se vuelve á empezar seis veces desde *;—finalmente, se hacen 3 puntos en el aire, que se unen á la primera brida por un punto-cadeneta.

2.ª *vuelta.*—Sobre cada feston, compuesto de 3 puntos en el aire, se hacen 5 puntos sencillos;—sobre cada brida, un punto sencillo.



SACO PARA LABOR.

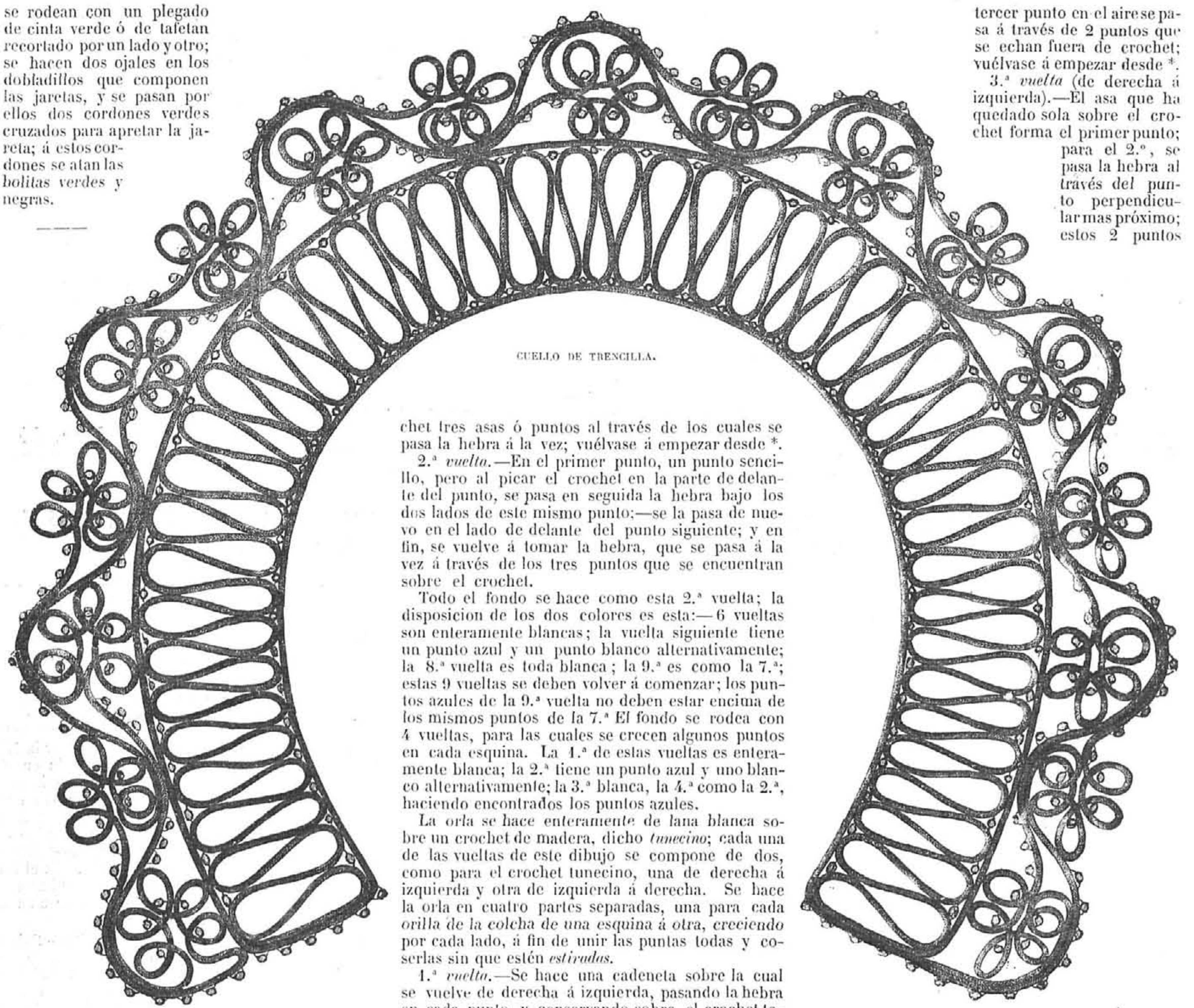
3.ª *vuelta.*—4 puntos en el aire para formar la 1.ª brida doble,—1 punto en el aire,—una brida en el mismo punto sencillo sobre el cual se han hecho los 4 primeros puntos en el aire;—7 puntos en el aire,—* 2 bridas dobles, separadas por un punto en el aire en el punto sencillo siguiente, colocado encima de una brida,—7 puntos en el aire.—Vuélvase á empezar desde * hasta el fin de la vuelta; entonces se hacen 7 puntos en el aire, que se atan á la primera brida.

4.ª *vuelta.*— Sobre el hueco formado por el punto en el aire se hace un punto sencillo;—sobre los festones compuestos de 7 puntos en el aire, se hacen 13 bridas,—y así sucesivamente; la roseta está terminada; se la asegura en el medio de la parte verde, y se adornan estas dos partes con cuentas negras, como el dibujo lo indica.

Se toma una tira de tafetan negro de 1 metro y 5 centímetros de largo por 22 ó 23 de ancho, y en ella se bordan al pasado unos lunares con seda verde; estos lunares están separados por un espacio de 4 á 5 centímetros.—Se cose en medio de esta tira el cordoncitó, se la frunce por cada lado largo, y se ponen á un lado y otro las dos partes que se han hecho al crochet; en los bordes estrechos de la tira se hacen dobladillos, y en estos se asegura el cordoncillo negro, que se ha estirado de modo que le queden solamente 30 centímetros de largo, á fin de formar el doble bullon representado en el dibujo. Las partes hechas al crochet

© Biblioteca Nacional de España

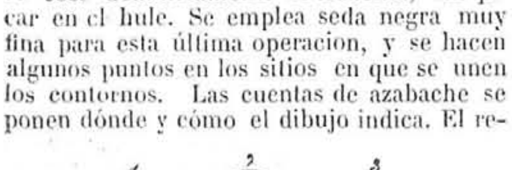
se rodean con un plegado de cinta verde ó de tafetan recortado por un lado y otro; se hacen dos ojales en los dobladillos que componen las jaretas, y se pasan por ellos dos cordones verdes cruzados para apretar la jareta; á estos cordones se atan las *bolitas verdes y negras.*



CUELLO DE TRENCILLA.

Cuello de trencilla.

El cuello de que vamos á hablar hace juego con el puño de que nos ocupamos en uno de los números anteriores. Se le hace del mismo modo, esto es, se traza el dibujo sobre papel que se pone encima de un hule; se cose, ó por mejor decir, se hilvana trencilla negra sobre todos los contornos del dibujo, despues se cose definitivamente la trencilla, sin picar en el hule. Se emplea seda negra muy fina para esta última operacion, y se hacen algunos puntos en los sitios en que se unen los contornos. Las cuentas de azabache se ponen dónde y cómo el dibujo indica. El revés de la labor se convierte en derecho del cuello.



olcha de cuna, hecha al crochet.

Hácese esta colcha con lana céfiro blanca, y aun azul.

Fondo: lana blanca. Se hace con un crochet comun, una cadeneta que tenga el largo *del fondo de la colcha.*

1.ª *vuelta*.—Volviendo sobre la cadeneta se hace un primer punto sencillo;—* para el siguiente se pasa la hebra al través del mismo punto en el que se ha hecho el punto sencillo; despues se vuelve á pasar la hebra en el punto siguiente: se tienen sobre el crochet tres asas ó puntos al través de los cuales se pasa la hebra á la vez; vuélvase á empezar desde *.

2.ª *vuelta*.—En el primer punto, un punto sencillo, pero al picar el crochet en la parte de delante del punto, se pasa en seguida la hebra bajo los dos lados de este mismo punto:—se la pasa de nuevo en el lado de delante del punto siguiente; y en fin, se vuelve á tomar la hebra, que se pasa á la vez á través de los tres puntos que se encuentran sobre el crochet.

Todo el fondo se hace como esta 2.ª vuelta; la disposicion de los dos colores es esta:—6 vueltas son enteramente blancas; la vuelta siguiente tiene un punto azul y un punto blanco alternativamente; la 8.ª vuelta es toda blanca; la 9.ª es como la 7.ª; estas 9 vueltas se deben volver á comenzar; los puntos azules de la 9.ª vuelta no deben estar encima de los mismos puntos de la 7.ª El fondo se rodea con 4 vueltas, para las cuales se crecen algunos puntos en cada esquina. La 1.ª de estas vueltas es enteramente blanca; la 2.ª tiene un punto azul y uno blanco alternativamente; la 3.ª blanca, la 4.ª como la 2.ª, haciendo encontrados los puntos azules.

La orla se hace enteramente de lana blanca sobre un crochet de madera, dicho *tunecino*; cada una de las vueltas de este dibujo se compone de dos, como para el crochet tunecino, una de derecha á izquierda y otra de izquierda á derecha. Se hace la orla en cuatro partes separadas, una para cada *orilla de la colcha de una esquina á otra, creciendo* por cada lado, á fin de unir las puntas todas y coserlas sin que estén *estiradas.*

1.ª *vuelta*.—Se hace una cadeneta sobre la cual se vuelve de derecha á izquierda, pasando la hebra en cada punto, y conservando sobre el crochet todas estas asas; el número de los puntos debe ser par.

2.ª *vuelta* (de izquierda á derecha).—Se pasa la hebra al través de dos puntos, se los echa fuera del crochet; * se hacen 2 puntos en el aire, y con un tercer punto en el aire se pasa á través de 2 puntos que se echan fuera de crochet; vuélvase á empezar desde *.

3.ª *vuelta* (de derecha á izquierda).—El asa que ha quedado sola sobre el crochet forma el primer punto; para el 2.º, se pasa la hebra al través del punto perpendicular mas próximo; estos 2 puntos forman al principio de cada vuelta, de derecha á izquierda, el crecido necesario para las esquinas.—Se continúa la vuelta, pasando siempre la hebra á través del punto en el aire (colocado entre dos puntos dobles); se pasa en seguida en el hueco formado por los 2 puntos en el aire.—Al fin de la vuelta se pasa la hebra en cada uno de los puntos que forman un punto doble, á fin de crecer tambien al fin de la vuelta.

4.ª *vuelta*.—Como la 2.ª Estas cuatro vueltas se repiten dos veces.

Cuando las partes de la orla están terminadas, se cosen las cuatro esquinas juntas, despues se hace, con el mismo crochet tunecino, al rededor de la orla una vuelta semejante á la que forma el fondo; en cada punto de esta vuelta se atan tres hebras de lana blanca, cada una de 20 centímetros de largo, *dobladas por su mitad.*

BORDADO DE RELIEVE.

Bordado de relieve.

Este género de bordado es muy nuevo y muy rico; se hace á punto de arma, cordoncillo, punto de nudillo. Trece dibujitos acompañan esta punta de pañuelo; los detalles se ejecutan aisladamente sobre batista, y se contornean á punto de cordoncillo; se los recorta con cuidado, y se los cose en su sitio, encorvándolos algo hácia afuera á fin de que

© Biblioteca Nacional de España

parezcan mas en relieve que el demás bordado del pañuelo.

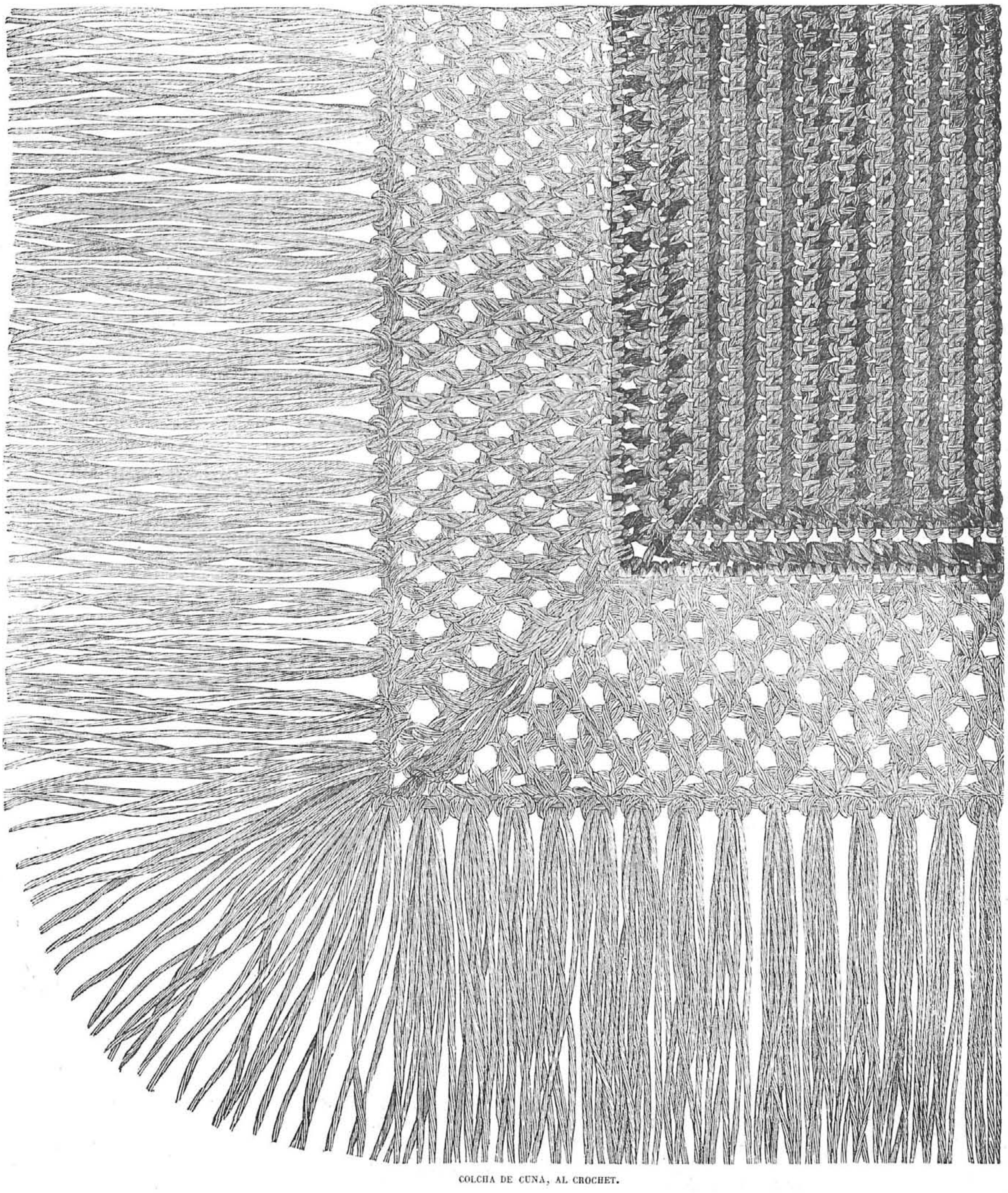
Horquillas undulatrices.

Proscribiendo decididamente la moda los cabellos lisos y aplanados, se ven hoy todas las cabelleras formando ondas, cualquiera que sea el género de peinado que se adopte. Estas undulaciones tienen por primera é incontestable ventaja la de estar patrocinadas por la moda, además, ellas ahuecan el cabello aumentando su volúmen, y por consecuencia facilitan la ejecucion de los actuales peinados.

Hasta aquí se ondulaban los cabellos, ya por medio de un cordon, ya valiéndose de las tenacillas calentadas; todos estos procedimientos producian dañosas consecuencias: el cordon lastimaba el cabello, el hierro lo quemaba, y de un modo ó de otro estaba muy espuesto á caerse. Mr. Croisat acaba de inventar las *horquillas undulatrices*, procedimiento fácil y sencillo, que es el que vamos á explicar. Merced á esta invencion, nada hay que temer por los cabellos, y las undulaciones se harán perfectamente regulares. Estas horquillas son de búfalo ó carey.

Se peinan los cabellos de noche al ir á ácostarse; se separa uno de los mechones que se quieren undular; con la mano izquierda se toma la horquilla, teniéndola asida por arriba, y se pasa en ella el mechon yendo del un diente al otro (véase el dibujo n.º 1); se aprieta en seguida el mechon hácia arriba, y se le sujeta por medio de una cinta que atraviesa el borde superior de la horquilla (véase el dibujo n.º 2). Toda la noche permanecen así las horquillas, las cuales están encorvadas para que se acomoden á la forma de la cabeza; si el cabello se riza con dificultad, es menester humedecerle antes de la operacion. Se necesitan dos pares de horquillas para cada lado, si los bandós son muy anchos. Si esto se ejecuta tres ó cuatro veces seguidas, los cabellos se acostumbrarán á formar ondas, y no habrá que recurrir ya á laś horquillas s no una vez por semana.

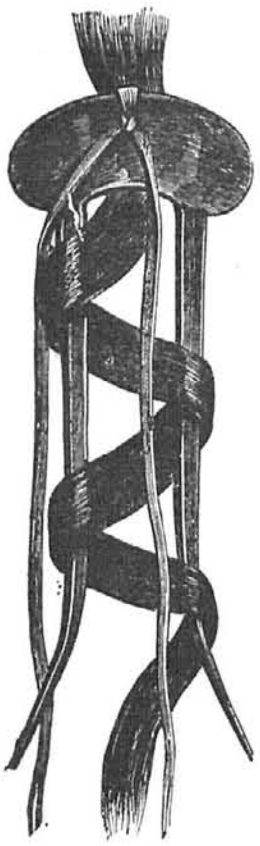
Debe cuidarse de que las ondas comiencen en el

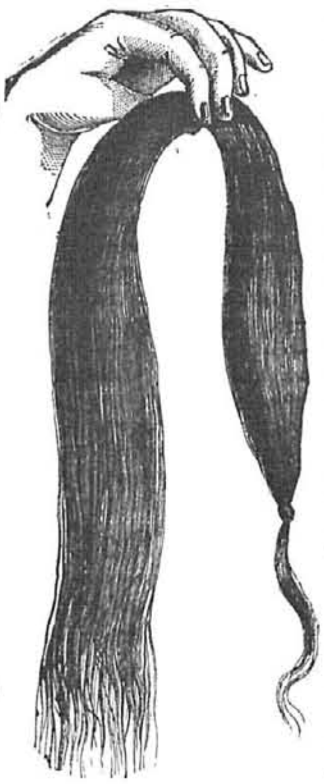


COLCHA DE CUNA, AL CROCHET.

© Biblioteca Nacional de España

mismo sentido y á la misma altura; por la mañana, basta desatar la cinta, y se saca la horquilla sin descomponer el cabello.


N.º 3.—HORQUILLA UNDULATRIZ.


N.º 5.—MECHON DE SOLDADURA.

Mechones de soldadura.

Se nos han pedido extensos pormenores respecto á estos mechones, cuyo uso hemos indicado al hablar de la mayor parte de los peinados de Mr. Croisat. Llamando en nuestro auxilio el dibujo y el grabado, esperamos hacernos comprender ahora mas fácilmente.—Estos mechones tienen la ventaja de aumentar el volúmen de los cabellos, sin ejercer sobre la cabeza la presion de peines ni de agujas; es imposible sospechar el punto en que se unen al cabello propio, punto perfectamente disimulado por este ingenioso procedimiento, debido al ya mencionado Mr. Croisat.

El dibujo n.º 4 representa el mechon de soldadura (tamaño reducido); su longitud es de 80 centímetros; su armadura, muy sólida aunque muy lijera, está sujeta por cabellos que la ocultan. Se emplea este mechon peinando los cabellos naturales y trayéndolos hácia adelante; se los toma entre el pulgar y el índice de la mano derecha, se coge el mechon de soldadura con la izquierda por el medio despues de haberlo igualado con el peine (véase el dibujo n.º 5), y se le hace pasar por el asa que forman los cabellos naturales. Solo resta el trenzar los tres cabos (dos de ellos los constituye el mechon), como lo indica el dibujo n.º 6. Si el mechon formado por los cabellos naturales fuese mucho mas delgado que los otros dos, se separarian de estos, á la segunda vuelta, los cabellos necesarios para agregarlos al primer é igualar la trenza.

Si en lugar de una trenza de bandó plano, se quiere hacer una de bandó levantado (véase el dibujo n.º 7), se peinan hácia atrás los cabellos naturales, bajo los cuales se pone un crepé, y se empieza la trenza á la altura de la sien, procediendo como se ha explicado arriba.

N.º 4.—MECHON DE SOLDADURA.

FAUSTA SOREL.

NOVELA ORIGINAL

DE LA SRA. D.ª MARIA DEL P. SINUÉS DE MARCO.

(Conclusion.)

Fausta, no bien terminada la ceremonia, sube á su gabinete blanco, busca el diario en que escribe su vida, y sacándolo del fondo de una maleta de cuero, deteriorada, que encierra su vestido de alepin negro, el pañolon de tartan, la mantilla y otras piezas completamente destrozadas, sin quitarse el velo nupcial, escribe en sus páginas estas palabras:

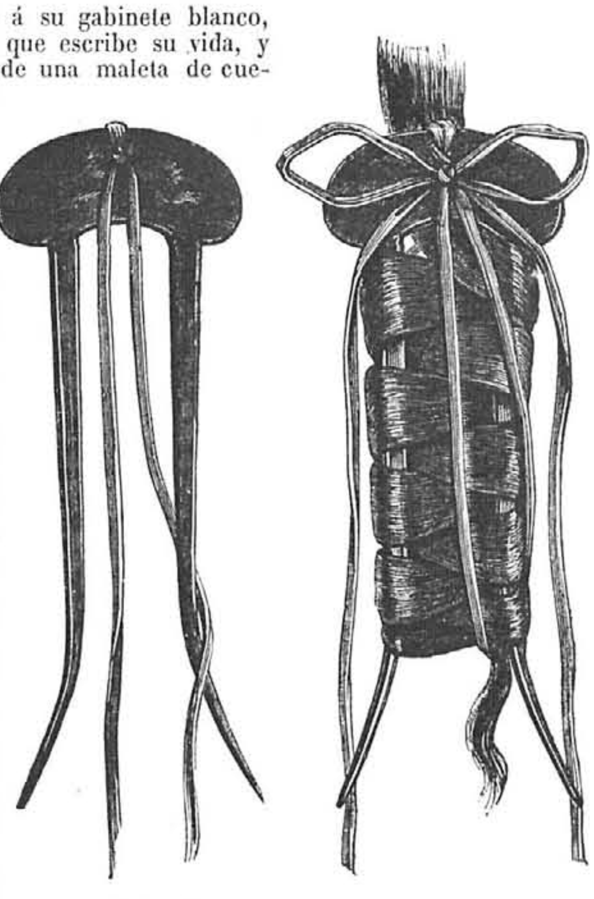
—«Ya soy duquesa!

«Es verdad que para ello, he tenido que enviar al otro mundo á ese anciano que me estorbaba; pero ¡bah! ¿qué hacia ya en este?

«Padecer, nada mas.

«Y Mauricio? ¿qué haré ahora de él?

«Ya veremos: me ha obedecido puntualmente en el mes que desempeña su papel de ayuda de cámara de Teodoro, y su mano ha suministrado al duque el tósigo, que le llevó á mejor vida.


N.º 1 Y 2.—HORQUILLAS UNDULATRICES.

«¡Pero ahora me estorba... meditaré para que desaparezca tambien!

«¡Ah, duquesa de Peña-fiel! ¡ya he empezado á vengarme! ¡Te has quedado sin el hijo!... ¡y sin el padre!

«¡Ahora somos dos duquesas frente á frente! pero tu juventud acaba, y la mia comienza á florecer!

«¡Y tú, orgulloso conde de Fuenmayor, prepárate! ¡Has de lamer mis piés antes de mucho mas sumiso que un perro apaleado por un amo feroz!

«¡Guerra á la sociedad! ¡Guerra al gran mundo!»

Y efectivamente: Enrique, esposo de Lia, ya condesa de Fuenmayor, odiaba á Fausta profundamente: pero, segun las últimas palabras de esta en su diario se propone «hacer que lama sus piés, como un perro apaleado por un amo feroz».

Y lo consigue?.. diriamos mejor si preguntáramos, ¿se satisface no más con eso?... Fausta abandona á su esposo Teodoro á crueles padecimientos físicos y morales: hunde en la desesperacion á la hermosa Laurencia: desprecia á la condesa de Fuenmayor: intenta librarse de la vigilancia de Mauricio: aborrece á su mismo padre, é inunda de pesares la existencia de Lia, haciendo que Enrique la adore,

N.º 6.—MECHONES DE SOLDADURA.

N.º 7.—MECHONES DE SOLDADURA.

© Biblioteca Nacional de España

en medio de amargas situaciones de repulsion y atraccion, en las cuales conserva ilesa y pura su honra para con el gran mundo... Hace que Enrique la presente las mas ricas joyas de su esposa Lia, rechazándolas luego: consigue al fin quebrantar la razon del pobre enamorado, y vierte, con espantoso cinismo, una gota mas de hiel en el cáliz que bebe la inocente Lia!...

No hemos hecho mencion de un personage, que *está llamado á figurar muy principalmente* en el resto de la novela, por intervenir en pequeña parte en los sucesos referidos. Decimos del conde Héctor de San Justo. Este gallardo jóven, hijo del Príncipe Sandomir y de una mulata, amaba á Lia, aun antes de conocerla; porque Gustava, esposa del marqués de Selvaverde, y por lo tanto madrastra de Lia, celebraba con efusion las virtudes de esta, á su hermano Héctor de San Justo. Gustava Wladimira, princesa soberana del palatinado de Sandomir á la muerte de su anciano padre, dejó á Lia todas sus joyas y las mas inequívocas pruebas de su afecto: así pues, al venir el conde de San Justo á la corte de España, solo un deseo, solo una esperanza agitaba su corazon: el de ver á Lia, la de ser amado por Lia.

Lia, *sin embargo, iba á ser muy en breve* condesa de Fuenmayor á la llegada de Héctor: su amor era un imposible, y solo la demuestra una tierna amistad, sin hacer desaparecer por esto el profundo cariño que le consagra.

Hecha yá esta lijera aclaracion, volvamos al centro de los acontecimientos.

La duquesa de Peña-fiel cuando menos se esperaba en la buena sociedad de Madrid, manda repartir esquelas de convite para el baile que dá en su palacio: su vuelta al mundo, aun mas que su desaparicion, se censura y aplaude de mil modos distintos; pero aunque cada uno se cree con derecho para juzgar á su modo de tal determinacion, nadie mas que una persona se asusta por ella: Fausta. Al re*cibir la invitacion de Laurencia, tiembla de miedo* al adivinar la peligrosa lucha á que se la llama; pero no obstante, ciega de ira admite el reto, dando cuenta á Mauricio del pensamiento que concibe. ¿Cuál es? Otro crímen mas, como continuacion al ejecutado en la persona del duque de Valle-umbrío: otro crimen inaudito: la muerte de la duquesa de Peña-fiel, la muerte de su rival... Mauricio sin embargo, no siente ya amor por Fausta: casi la aborrece, y se niega á su deseo; mas ella le intima con acusarle ante los tribunales... y Mauricio accede...

Loco seguia Enrique en su lecho de dolores, rebelde su mal á los esfuerzos de la ciencia, cuando Lia grabara en su corazon la santa palabra de madre: mas un dia, frenético, en un rapto espantoso de delirio, corre al palacio de Fausta, llevando escondido *entre los pliegues de su camisa un mohoso cuchillo* de montería. Mauricio le detiene, se libra de este, y penetra de súbito en el cuarto de Fausta, á tiempo que el duque Teodoro se encuentra en él, acusando á su esposa de envenenadora de su noble padre, y arrebatándola el diario en que escribiera su vida, con otros papeles que juzga importantes. Mauricio aparece en el umbral de la puerta: Fausta al verle corre hácia él, acariciándole con ternura: el duque Teodoro palidece al comprender aquellos halagos: Enrique solo vé en Mauricio al amante de Fausta, y rápido como el rayo, hunde el cuchillo *que guardara en el corazon del criminal ayuda de cá*mara... Mauricio espira demandando perdon; y en el propio instante, la condesa de Fuenmayor y el conde de San Justo penetran en la estancia seguidos de un comisario de policía y algunos soldados.

Pero ¿y Fausta? ¿qué hace Fausta, orígen de tan terrible drama?... Fascinada, por decirlo así, con la vista de Héctor de San Justo, parece completamente extraña á los sucesos que la rodean: ni escucha siquiera la maldicion de su esposo: ni se apercibe de la marcha de Lia, llevándose consigo, en union de Héctor, á su atemorizado Enrique... Un sentimiento desconocido hasta entonces llena su alma; y arrodillándose sobre la sangre del infeliz Mauricio, cruzadas las manos y con la mirada cubierta de lágrimas, prorumpe al fin con voz dulcísima:

—«*Le encontré!... ¿qué siento yo? mi* corazon late!... late deliciosamente!... ¡Oh, Dios del cielo! ahora creo en tí!... ¡bendito seas!... Amo!... gracias, Dios de los buenos... gracias!...»

. . . .

. . . .

Hasta aquí los sucesos que encierra el primer tomo de esta novela: hasta aquí tambien, cuanto tenemos en nuestro poder. Sin embargo, la expiacion de Fausta comienza en su conclusion, y segun nos asegura la autora, es su arrepentimiento tan *grande*, como grande es en su maldad.

Pero para que nuestro pobre trabajo no aumente en pobreza, si le diéramos ahora por concluido, vamos primero, entre otras cosas, á fijarnos en esa *última situacion culminante*, porque acaso parezca, algo forzada ó inverosímil. Y no tenemos para ello que aducir pruebas de nuesto propio razonamiento, no: vosotros mismos, *críticos filósofos*, vais á resolver la cuestion, si resolverla os place, asistiendo ó negando lo siguiente:—Si la maldad tiene en el mundo un reinado eterno, buscando como especial guarida el corazon del hombre: si ese conjunto de seres que llenan el universo, nada influye en la mútua reparacion ó modificacion de los efectos y afectos: si el amor, que es la fuerte palanca que nosotros reconocemos como capaz, *no de levantar* un solo corazon á Dios, si no de conmover el mundo... es pues, el sentimiento devorador que, léjos de divinizar al hombre, lo destruye moralmente... la autora comete un grave error en la transicion de los sentimientos de Fausta: *¿convenis en ello?... No, indudablemente*, á no ser que querais consignar, entre vuestras filtradas máximas, un verdadero error *crítico-filosófico*: negais lo expuesto?... pues entonces, bien dice la pluma de la autora, de esa gran conocedora del corazon humano, describiendo los sentimientos á que está predispuesta siempre la criatura: dando lugar en el corazon de Fausta, á ese sentimiento en particular, que, aunque mil veces analizado y reconocido, solo sele llama *simpatía*.

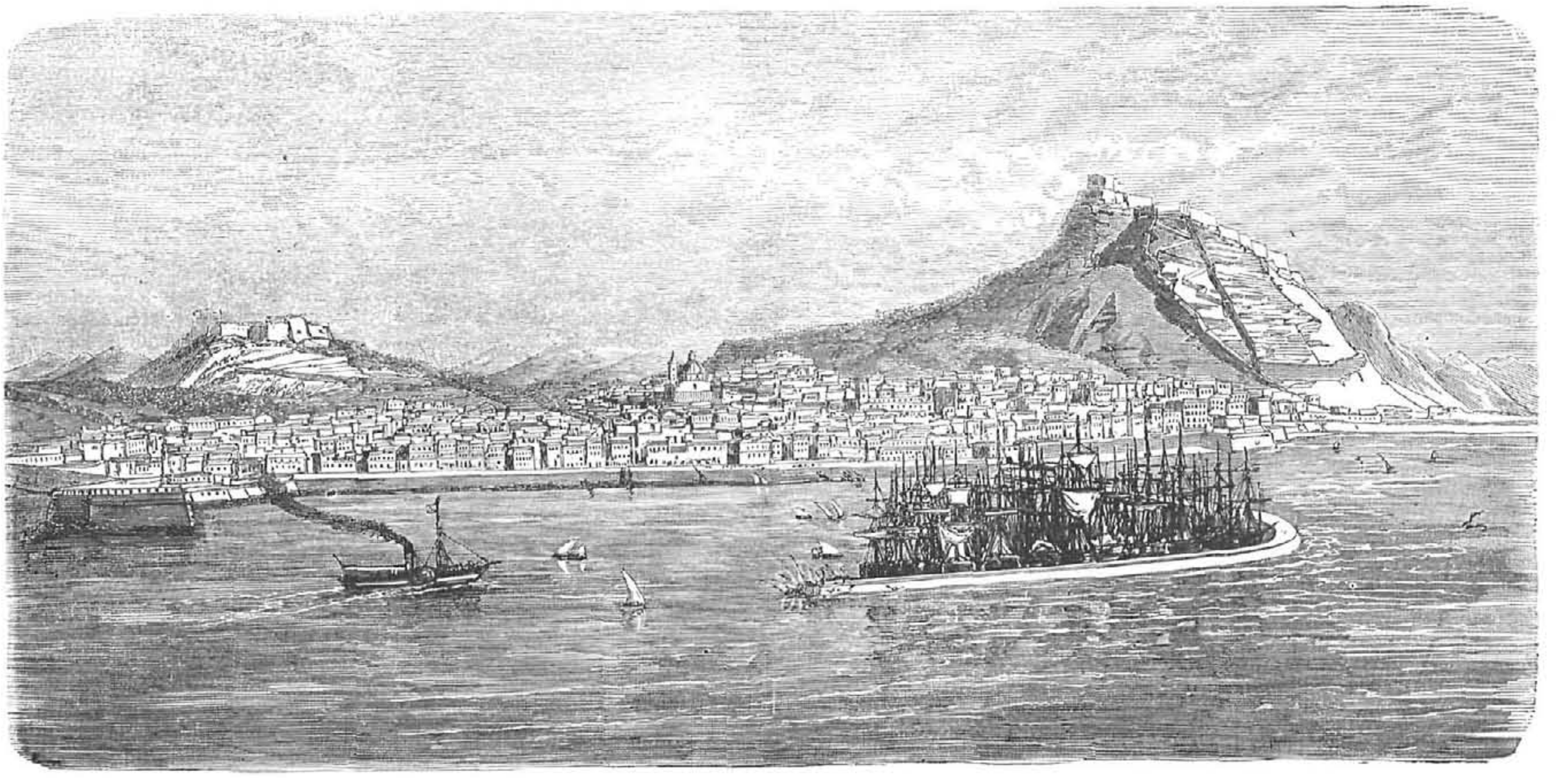
No digais, no, que María del Pilar, al presentar ante los ojos de la sociedad *á Fausta Sorel* ha querido cimentar y cimenta, ideas contrarias á la moral, ni con alguna otra mira, enteramente desechada por la autora; por ejemplo: la del socialismo. La Sra. Sinués aborrece todo abuso de la política hasta el abuso de la política social... y en tal concepto, y solamente propuesta á representar de lleno y ante un colosal espejo, el gran cuadro de ciertas pasiones que se agitan en un centro poderoso, ha precisamente hecho ver, no así la verdad sino toda la deplorable certidumbre de su existencia.

Por tanto, no desconfieis: María del Pilar *no sabe* sepultar al gigante, al vicio inmundo, sin hacer desaparezca su tumba bajo las flores de la virtud: con su claro talento podrá describir todos los sentimientos humanos; pero con la sávia de su corazon los purifica y ennoblece.

Hemos concluido: nos atrevemos á recomendar la lectura de *Fausta*: felicitamos muy de veras á la Sra. Sinués por su bello trabajo, y ojalá que nuestros lectores, al fijar la mirada en estas pobres líneas, que espontaneamente hemos trazado, nos dispensen la indulgencia que al empezará esc ribirlas, pidió nuestro corazon.

Gracias pues!

SERVANDO MARASSI Y GRANADOS.



VISTA DE MÁLAGA.

NOVELA.

ROSA DEROY.

HISTORIA VALONA.

(Conclusion.)

Partióse para la iglesia. Todas las jóvenes solteras de Jupille la esperan á la puerta para formar su comitiva. Dos vigorosos aldeanos llevan sendos bastones levantados en alto y adornados con cintas, de cuyo extremo pende una inmensa corona de flores, símbolo de la dignidad de Rosa. Madame Spee camina entre ella y otra amiga de Catalina. Chabardeze busca al pasar una sonrisa de su bella comadre; pero esta sonrisa es tan triste que su corazon queda mal satisfecho.

© Biblioteca Nacional de España

El niño está ya en la iglesia. Rosa entra precedida de su corona. La santa ceremonia termina y el hijo de Catalina, porque en efecto Dios ha concedido á su deseo un varon, se llama ya Miguel Andrés Leonis: Miguel como su padre, Andrés como su padrino.

Siéntanse á la mesa, Catalina aunque muy débil aun, quiere por lo menos asistir á los postres, donde, á pesar de su palidez, aparece, mas linda que nunca. Se brinda á su salud y á la futura felicidad del recien nacido. Catalina toca solo con sus labios el vaso y se levanta para retirarse; pero al pasar junto á la jóven madrina le dice en voz baja y echando una mirada hácia Pedro, que andaba muy solícito y obsequioso con las Sras Delhez:

—¡Qué lástima que hayas dejado á esa amable extrantranjera la gloria de quitarte uno de tus mas fervientes admiradores!

—Cómo! Qué quieres decirme? respondió Rosa, con el corazon lacerado por el mas agudo dolor.

—Han dicho á Miguel (continuó Catalina sin apercibirse del efecto producido por sus palabras) que esa señorita está comprometida de poco acá para casarse con Mr. Kepenne, al que conoció en Bruselas.

Una mortal palidez cubrió la frente de Rosa.

—¿Qué tienes? dijo Catalina asustada. Rosa, Rosa, tu mano está fria! ¡Pobre niña! Yo no sabia... yo no podia preveer... Ah! Tú le amas!

—Silencio por Dios. Que él no sospeche... que nadie se aperciba ...

—Esas voc es pueden no ser ciertas, querida Rosa; procura tranquilizarte, se nos observa. Ah! cuánto desearia poder permanecer á tu lado, alentarte!...

El niño está ya en la iglesia. Rosa entra precedida de su corona.

—Vamos, Catalina, exclamó alegremente Miguel, llegándose á tomar del brazo á su esposa. Volvamos cerca de nuestro hijo, que pudiera impacientarse por tan larga ausencia. Querida mujer mia, continuó formalmente Miguel, la verdad es que temo te fatigues. ¿No es cierto, Rosa, que no debe permanecer aquí por mas tiempo?

—Seguramente que nó, respondió esta con una voz casi ininteligible.

Catalina siguió á su marido, despues de haber dirigido á Rosa una mirada que parecia recomendarle la prudencia y el valor.

Aquella cruel tarde tocaba á su fin, cuando el aire, que se habia hecho sofocante, refrescó de repente. Relámpagos hienden las nubes,estalla el trueno, y una lluvia de tormenta, una lluvia de torrentes, vino á hacer impracticables los caminos para todos los que vivian algo lejos de allí.

Las señoras Delhez, como ya sabemos, tenian su habitacion á muy corta distancia, en casa del tio de Pedro. Miguel Leonis les dió paraguas, y Pedro se ofreció á acompañarlas.

Ya no hay esperanza para Rosa; él ha partido, despues de haberla saludado al paso.

¡Cuánto sufre!

La mayor parte de los convidados se han puesto en camino, porque el tiempo comienza á mejorar. Ya la luna asoma por entre los cortados nubarrones que la ocultaban; pronto gira en el despejado cielo plateando con sus rayos la campiña entera.

Miguel propone á los que viven mas lejos que se traigan mesas de juego, á fin de dar á las aguas que ruedan por los senderos el tiempo suficiente para su desagüe. Todos aceptan, y de este número es la familia de la casa de los Fresnos.

Rosa se refugia por segunda vez en el hueco de una ventana abierta que dá al jardin. Por allí es por donde ha visto alejarse á Pedro, á Pedro, al que quizá no volverá á ver nunca! Un rosal se enlaza al enrejado que adorna la fachada de la casa, y sus húmedas flores suben hasta la ventana misma. Rosa, con pretesto de respirar sus perfumes, se inclina hácia afuera para que el aire fresco de la noche oree su ardorosa frente. Coje una de las rosas, su cabeza se apoya en una de sus manos, mientras que con la otra tiene asida la flor que ha cogido y que ha bañado con sus lágrimas.

¡Qué de amargas reflexiones vienen á asaltarla! ¡Cómo deplora las funestas consecuencias de su coqueteria! Ve destruido el porvenir de su vida entera, de aquella vida que apenas comienza, y todo por culpa suya! Con cuánta razon Pedro le advertia que no jugase con la felicidad! ¡Ah, si él volviese!

De repente se estremece. Ha oido pasos en la calle de árboles; pasos que cree reconocer; un hombre se aproxima á la ventana, se detiene; ella no se atreve á hacer el menor movimiento, no osa respirar; su corazon ya no late.

«Quereis trocar esa rosa por este alelí» dijo una voz amiga.

«Sí, respondió Rosa, sin alzar siquiera la cabeza. Pero este *sí*, fué pronunciado tan bajo, tan bajo, que se necesitaba el atento oido de un amante para percibir el sonido tímido y feliz de aquella voz. Lo que solamente podia ayudar á hacerlo comprender, era que los pequeños dedos de la jóven se habian abierto para soltar la rosa, y se habian cerrado vivamente para asir el alelí que acababan de poner en sus manos.

Cuando al fin se vió poseedora de aquella tan deseada flor, se atrevió á mirar al jóven, se atrevió á volver hácia él su dulce rostro bañado en lágrimas.

¡Cuán bella le pareció, y cuánto amor y felicidad espresaban sus ojos!

Los dos amantes hablaron algun tiempo sin que nadie se apercibiese de ello. ¡Qué de cosas encantadoras debieron repetirse cien veces! Lástima es que yo no os las pueda decir! Lo único que sé es que, cuando Rosa llamada por su padre, se volvió pronta para decirle que estaba pronta para partir, no quedaba ya sobre su rostro huella alguna de las profundas angustias que todo el dia habia experimentado.

—«Ah! estás ahí, Pedro?» dijo Mr. Deroy al jóven que en este instante entraba en la sala, ¿nos acompañas á los Fresnos?»

Pedro como ya se supone, no deseaba otra cosa.

Durante el camino los dos jóvenes nada dijeron al padre de su mútua inteligencia. Chabardeze estaba presente, y además parecia triste y sombrío.

VI.

Dos meses despues de estos acontecimientos, un elegante carruaje se paró á la puerta de Miguel Leonis. Dos personas bajaron de él: una jóven en traje de visitas de boda, y un hermoso caballero con todo el aire de felicidad, que se apresuraba á dar el brazo á su compañera para conducirla al salon donde se los introducia. Se anunció al señor y á la señora de Kepenne. Catalina y su marido corrieron á recibir á los nuevos esposos, y las dos amigas, arrojándose en los brazos una de otra, se tuvieron largo rato estrechamente abrazadas. Los dos maridos reclamaron su vez, lo cual les fué concedido de muy buena voluntad, y despues se habló alegremente del bautismo, de la boda, y de la sorpresa que este matrimonio habia causado á todos los habitantes de las aldeas vecinas. Nadie en efecto habia hecho la suposicion mas probable, la mas natural, dando la rosa de los Fresnos al mas querido discípulo del buen profesor.

—Lo único que altera nuestra dicha, dijo tristemente Rosa, es el estado valetudinario de Chabardeze: es cosa singular, desde nuestro casamiento se ha curado de su locura, y sonrie con melancolía cuando se la recuerdan.

—Quizá le aflige la pérdida de sus ilusiones, observó Miguel.

—No sé, replicó Rosa: pero ello que cambia de un modo visible.

—Mi nuevo padre, añadió Pedro, sufre mucho por el estado en que le vé. Quiere llamar á un médico; pero Chabardeze se opone á ello formalmente. Yo tambien me hallo muy inquieto respecto á nuestro amigo. Algo hay en él que no se comprende y que él no quiere decir. Estoy seguro de ello. Llama todavía algunas veces á mi muger la reina de las flores; pero si lo oyéseis, echariais de ver como yo que su corazon no está en sus palabras, y que se ha obrado en él una gran revolucion moral.

Hablóse en seguida de proyectos para el porvenir. Los recien casados partian al dia siguiente para Bruselas; los acompañaba su padre, el cual pasaria con ellos algunos dias. Mr. Deroy volvia luego á los Fresnos para hacer preparar la casa de modo que los novios pudiesen habitar en ella. Todos los inviernos se pasarian en Lieja. Estos proyectos fueron vivamente aprobados por el señor y la señora de Leonis, y anunciaron tambien su determinacion de trasladarse á Lieja durante la estacion fria. Así los cuatro amigos no se separarian, y el pequeño Miguel tendria toda facilidad para conocer y amar á su madrina.

Rosa, segun lo habia manifestado á su amiga, partió al dia siguiente con Pedro para Bruselas. Mr. Deroy, sin embargo, no pudo acompañar á sus hijos. El inválido se habia agravado, y el buen profesor no queria dejar solo á su amigo, á pesar de quedar al cuidado de Balbina, en un estado tan inquietante. En cuanto á los novios, era necesario que partiesen, porque los ensayos de una segunda ópera de Pedro exigian imperiosamente la presencia de este en Bruselas.

En fin, la primera representacion de esta nueva obra, que debia consagrar definitivamente la reputacion del jóven compositor, se anunció. Toda la prensa habló de ella como de un acontecimiento, y el público acudió en masa al teatro.

Inmenso fué el éxito. Las entradas continuaron grandes en provecho considerable del nuevo matrimonio No habia ya que preocuparse por el porvenir. Aquella noche Pedro y Rosa volvieron á su casa rebosando júbilo y ébrios de placer.

Durante su ausencia, habian traido de Jupille un cajoncito. Se apresuraron á abrirlo, y vieron que contenia una corona de yedra y una carta de Mr. Deroy.

Aquella corona de yedra fué reconocida por Rosa; era la que le habia dado Chabardeze el dia del bautismo de Miguelito, y que al acostarse aquella noche no halló entre sus cabellos.

La carta de Mr. Deroy les anunciaba que el inválido habia fallecido en los brazos del buen profesor, rogándole enviase á Rosa, despues de su muerte, aquella corona de yedra, que habia recogido, húmeda aun por la lluvia de la noche del bautismo, bajo una de las ventanas del salon de Miguel Leonis.

Pedro y Rosa se miraron; lágrimas brotaron de sus ojos, y ambos se pusieron de rodillas delante del último y triste recuerdo del pobre rey de las flores.

Pocos dias despues el señor y la señora de Kepenne volvieron á Jupille, y hallaron al buen profesor profundamente afligido por la pérdida de su amigo. No fué necesario menos que la presencia de sus hijos para dulcificar en parte la amargura de que estaba poseido su corazon.

Año y medio despues, Rosa era madre de una preciosa niña, y la señora de Leonis, su madrina, llevaba consigo á los Fresnos un gracioso niño de dos años, al que conocemos ya con el nombre de Miguel.

Los dos matrimonios fueron completamente felices. La buena Balbina vivió todavia muchos años, y Mr. Deroy, á medida que crecian sus nietos, se sentia rejuvenecer. Así llegó á una vejez muy avanzada.

En cuanto al niño Miguelito y á la niña Catalina, no sabré decir si mas tarde llegaron á casarse, cumpliendo así el vivo deseo que cuando el nacimiento de ambos manifestaban sus padres. A pesar de todo mi anhelo no he podido aun poner en ejecucion el proyecto, por mí ha tanto tiempo formado, de hacer un nuevo viaje á mi querido pais de Lieja, y por consiguiente me ha sido imposible averiguar si, en este punto, se cumplieron los votos fervientes de Rosa Kepenne y de Catalina Leonis.

L. Agimont.

FIN.

© Biblioteca Nacional de España

MALAGA.

Laciudad de Málaga, capital y centro del comercio es una de las mas ricas y bellas provincias de España; está situada en una deliciosa vega, y se asienta sobre las aguas del Mediterráneo. Su puerto forma una dársena descubierta solo á los vientos de parte del segundo y tercer cuadrante. Fué fundada por los fenicios, segun Estrabon y otros, y ha sido notable desde los mas remotos tiempos por su importancia comercial, debida á su excelente situacion geográfica y á lo abundante y exquisito de los productos de su feracísimo suelo. Es sede episcopal de las mas antiguas de España, su catedral es hermosa, de estilo moderno, y tiene por ingreso una escalinata suntuosa, que eleva el piso del templo á una altura de veinte piés sobre el terreno inmediato. Su aduana es de primera clase. Hay además en Málaga una alhóndiga, un presidio, dos teatros, un liceo artístico y literario, seminario conciliar, instituto de segunda enseñanza, escuela normal, cuatro hospitales, una casa de maternidad, un hospicio, una casa de correccion y una buena plaza de toros.

Posee además una academia de bellas artes, y entre las cosas mas notables que en lo artístico presenta aquella ciudad se hace mencion de la magnifica sillería del coro de la catedral, la que segun Pinelo, seria la octava maravilla del mundo, á no existir la del monasterio del Escorial.

Málaga es tambien célebre por muchas de sus producciones naturales, que como excelentes se estiman en el mundo entero, tales como sus ricas pasas, sus batatas y sus deliciosos vinos. Las principales industrias de fabricacion son sus ferrerías y sus curtidos.

La poblacion es grande y no carece de belleza, pero la alcanzará mucho mayor cuando las numerosas construcciones que por todas partes se levantan vengan á mejorar el aspecto público. Encierra en su seno cerca de noventa mil habitantes, su comercio es animado, y es pueblo de mucha vida y movimiento.

En sus inmediaciones se encuentra el castillo de Gibralfaro, situado en una fragosa eminencia, y construido, segun creencia comun, por una colonia griega.

Provee de aguas á Málaga un acueducto, llamado de San Telmo, y sus paseos, que son deliciosos, están todos embellecidos por fuentes. Su clima es sano, y no se padecen allí enfermedades endémicas.

En toda la provincia se hallan minerales de importante aplicacion, como el plomo, el lápiz-plomo y el hierro. Tambien hay en el territorio mismo de Málaga minas de cobre que pudieran esplotarse con ventaja. Mas lejos se encuentran algunas de niquel y de cristal de roca. Estas últimas en las inmediaciones de Almogia y de Benalmadena.

—4—

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuacion.)

El cuarto, á decir verdad, sobrepujaba en demasía lo que habia dicho el doctor acerca de la pobreza de la pesada. Paredes que habian sido blancas, estaban amarillentas; no habia mas que una ventana, y los muebles consistian en una vieja mesa de madera, dos sillas con asiento de caña y un arco en forma de féretro al pié de una cama sin colgaduras. En suma, parecia la celda de un anacoreta mas bien que la alcoba de un baron protestante.

—Sea como quiera hay que salir de este agujero, murmuraba sir John paseándose por el cuarto con rabia.

Un ruido de pasos que se acercaban le hizo detenerse. Era John que acudia á dar parte de las averías del carruaje; excepto los cristales que se habian roto y algunos rasguños en las portezuelas, no habia nada en el estado del coche que pudiera impedirles llegar en él á Niza.

—Muy bien, dijo el baron; que pongan los cristales al momento.

Por desgracia esto no podia hacerse, John se habia informado ya, y sabia que en el pueblo mas cercano no se hallarian cristales de aquellas dimensiones.

Al saber esta noticia sir John prorumpió en exclamaciones; el criado continuó explicando que no habia podido acercar el carruaje á la casa porque la puerta del jardin era demasiado estrecha para que entrara, y preguntó:

—¿Qué es lo que debo hacer?

Sir John no respondió, pero se fué en derechura á la puerta del jardin, y despues de un corto exámen de los lugares, ordenó á John que pusiera la berlina al lado del camino, donde podria pasar la noche *si fuera necesario.*

—Las noches son frescas todavía, dijo sir John exhalando un suspiro, y á menos que no podamos salir dentro de un par de horas, tendrémos que pasar aquí esta noche.

Y luego con aire resuelto añadió.

—Pero mañana con cristales ó sin ellos marcharémos á Niza.

—¿Y creeis, añadió John balbuceando, que sea prudente dejar el carruage y los equipajes toda la noche en medio del camino?

—No por cierto, respondió el amo. Pero si tenemos que quedarnos, te estarás en acecho dentro del coche con un par de pistolas.

Despues de haber tomado estas disposiciones, el baron se dirigió á la escalera da piedra que conducia al segundo piso, para entrar en el cuarto de Lucy. Pero á la mitad del camino se encontró con miss Hutschin andando de puntillas, quien le anunció que la señorita estaba muy abatida, y que acababa de cerrar los ojos para tratar de dormir un rato.

Muy contrariado con esta noticia que confirmaba todos sus temores, sir John se retiró á su aposento. Sin embargo, al cabo de un cuarto de hora salió y comenzó á pasearse por delante de la casa, llegando de tiempo en tiempo hasta la puerta exterior para echar á su coche una mirada llena de tristeza.

Por segunda vez trató de ver á su hija, y no pudiendo entrar, se fué á su cuarto, se arrojó sobre una silla y dijo mirando su reloj:

—¡Qué largo es el tiempo en este abominable pais!

No obstante, el tiempo habia marchado, pero habia sido para añadir un nuevo peso á la carga de esplin y de desaliento del pobre gentleman. Pero, ¡oh fragilidad de la humana naturaleza! sir John tenia hambre, y estaba avergonzado y furioso porque tenia hambre. ¡Cruel necesidad la de tener que pedir comida en aquella casa! Sentarse á la mesa allí era rendir las armas ante el enemigo, era renunciar de un solo golpe á todo el heroismo de la situacion.

Sir John conocia todo esto, y así es que luchó con valor durante un rato, pero al fin hubo de rendirse. Extendió instintivamente la mano hácia un cordon de campanilla imaginario, y para mayor tormento tuvo que salir á la escalera y llamar á su criado.

—John, exclamó el baron, mira si hay algo que se pueda comer en esta casa.

Y hecho este sacrificio, se fué á ver á su hija.

¡Pobre Lucy, todo el heroismo estaba de su parte. Padecia dolores horribles.

—¿Dónde, hija mia?

—En todo el cuerpo; estoy molida, y siento en el pié una sensacion tan singular y tan desagradable, que me parece que está hinchado como una montaña de corcho.

—Hija mia, eso es un efecto de la imaginacion. Trata de dormir.

—Ya he querido y no puedo.

La pobre criatura estaba rendida de cansancio y no podia pegar los ojos. Sir John hizo cuanto pudo para consolarla, y separando tiernamente los largos bucles que caian sobre sus mejillas abrasadas, la prometió que al dia siguiente estaria en Niza, donde hallaria todas las comodidades que su estado reclamaba.

Pero estas palabras del padre no produjeron el efecto que él esperaba. Lucy no se sentia con valor para ir á Niza, y la importaban poco las comodidades.

—Es que allí tendremos buenos facultativos ingleses, hija mia, añadió el baron.

—¡Oh! exclamó Lucy, en cuanto á eso estoy muy contenta con el doctor italiano; es mas complaciente que todos los médicos que he tenido, y ya sabeis que no han sido pocos.

Sir John hizo su gesto acostumbrado y nada respondió.

—¿No os parece lo mismo? preguntó Lucy con la obstinacion de una niña mimada.

—No puedo decirlo, hija mia, le he visto poco, y además yo no cobro afecto á las personas sino despues de conocerlas bien.

Siguió una pausa, pues no eran del gusto de la niña las contestaciones de esa clase.

Al cabo de media hora se oyó un golpecito en la puerta y John anunció solemnemente que la comida estaba pronta.

—Preciso es tomar algo, dijo el padre levantándose; te enviaré un ala de pollo ó un huevo...

—No, dijo Lucy resueltamente, el médico me ha prohibido que coma.

—Bien, hija mia, sigue hoy sus instrucciones, repuso sir John tan obstinado en su modo de ver como la jóven en el suyo; mañana tendrémos mejores opiniones para dirigirnos.

Y al hablar así salió del cuarto.

La mesa estaba puesta en la sala, y la comida, con gran asombro de sir John, aunque muy sencilla, era excelente; pescado, un pollo asado, verdura, una tortilla, queso, frutas y una botella de vino del pais que no habria desdeñado el bebedor mas inteligente.

Sir John comió gruñendo, pero con buen apetito.

John con su parche de tafetan negro en la nariz y una servilleta bajo el brazo, vestido de frac negro y corbata blanca, servia á su amo tan solemnemente como en un dia de comida de ceremonia en Davenne-Hall.

El baron estaba comiendo una naranja acabada de arrancar del árbol, cuando apareció el doctor Antonio en la escalera con un grueso envoltorio bajo el brazo. El doctor saludó, pasó á la izquierda de sir John, atravesó la sala, y fué introducido por Hutschin en el cuarto de miss Davenne.

—¡Cuánto habeis tardado! esclamó Lucy con toda la impaciencia de los enfermos.

—Me alegro que hableis así, respondió el facultativo: es buena señal cuando el enfermo aspira á ver el médico, porque eso denota confianza. Me he visto precisado á detenerme; pero ¿qué tal estais?

El doctor Antonio escuchó las lamentaciones de su enferma con ese interés que tanto consuela á la persona que sufre, y luego la dijo:

—Quisiera poder aliviaros, pero confieso que por ahora es imposible. Habeis tenido mucha agitacion, porque habeis sufrido mucho, y cuando se quebranta así la naturaleza, es preciso que pase algun tiempo para que recobre su equilibrio. Lo único que podemos hacer los médicos es ayudar á la naturaleza; pero violentarla nos es imposible. Bebed abundantemente de la pocion que os he enviado, que quizá os hará dormir un poco.

Lucy meneó la cabeza como si estuviese bien segura de no poder dormir en su vida, y dijo únicamente señalando el envoltorio:

—¿Qué traeis ahí?

—Cortinas para las ventanas. Todos los cuartos están al Mediodia, y es preciso que os resguardemos de los rayos del sol italiano.

Y dicho esto se subió á una silla y se puso á clavar clavos haciendo el menor ruido posible.

—En el campo tiene uno que hacerlo todo, esclamó el doctor mirándola desde la silla y con una cortina en el brazo; no nos parecemos á los que habitais en las grandes ciudades. Aquí cada cual es su propio jardinero, su carpintero y su tapicero, como veis ahora. A veces para economizar se cura uno á sí mismo.

—Pero, observó miss Davenne, ¡vos no sois en realidad de este pais?

—¿Esa es vuestra opinion?

—No lo sé con exactitud, respondió la jóven; pero hay en vos cierta cosa que me hace suponer que no habeis pasado aquí toda vuestra vida.

—En una palabra, quereis decir que no tengo enteramente el aire rústico del médico de aldea. Para vuestros años, sois muy observadora.

—¿Qué edad tengo á vuestro parecer? preguntó Lucy distraida con la conversacion.

—Diez y seis ó diez y siete años.

—Mas: tengo veinte.

—¿De veras? Pues no los representais. De todos modos debo rendir homenaje á vuestra penetracion, y debo confesar que habeis acertado en lo concerniente á mi calidad de forastero en este pais. Soy siciliano, he nacido en Catana.

—Disimuladme si soy curiosa; pero ¿no habeis habitado en Inglaterra?

—Nunca; ni la he visto, respondió el doctor; os sorprende sin duda mi acento inglés, pero os diré cómo ha sido. La hermana mayor de mi madre se casó con un oficial inglés de uno de los regimientos que estaban de guarnicion en Sicilia en aquel tiempo. Los niños de mi tia fueron educados enteramente á la inglesa, y como tenian criadas inglesas, hablaban el inglés desde la cuna. Ahora bien, como yo me he criado con mis primos, he aprendido naturalmente esa lengua que se ha hecho casi tan familiar para mí como la mia propia.

Y hablando y poniendo las cortinas al mismo tiempo, el activo doctor entretenia á su enferma. Cuando hubo terminado contempló su obra, y luego mirando por el aposento, excláṁó:

—¡Ah! Otra cosa tengo que hacer; veo una rendija en la puerta detrás de vuestra cama, y no hay nada peor que el aire colado.

El doctor salió, pero volvió muy luego con una banda de papel en una mano y una cáscara de huevo en la otra.

—¿Habeis visto un medio mas económico y veloz para hacer cola? preguntó á Lucy enseñándola el poco de harina y la gota de agua que habia en la cáscara del huevo.

Lucy se echó á reir y se maravilló de su actividad y de sus recursos inventivos. Nadie en efecto habria podido menos de admirar la noble sencillez con que hacia cosas que desdeñan los hombres generalmente, como verbigracia, ponerse en posturas que á otros habrian hecho parecer ridículos, sin perder un solo instante esa nobleza de apostura que le habria hecho siempre distinguir, aun en medio de una muchedumbre.

Sir John entró justamente cuando Antonio se habia bajado á pegar el papel en la rendija. El baron observó los movimientos del doctor, primero con ojos inquietos, como si sospechara que se volvia loco: pero luego cuando reconoció lo que estaba haciendo, asomó á su fisonomía una sonrisa en que se pintaba el desprecio mas profundo.

Para sir John el bello ideal del hombre distinguido, del gentleman consumado, era él; y ahora bien, ni por la salvacion de todo un mundo se habria rebajado á hacer lo que consideraba como una obra servil, y el hombre que pegaba papel en la rendija de una puerta y que hacia el oficio de tapicero, aun cuando fuese en provecho de un Davenne, perdia á sus ojos toda especie de derecho á la consideracion y al respeto.

En tanto que sir John se entregaba á estaz ideas acerca del doctor que ni siquiera reparaba en él, Speranza, la hija de la posadera, entró con un grueso ramillete compuesto en parte de flores silvestres y le presentó á Antonio.

Este tomó el ramillete y se puso á arreglarle á su manera.

Observando Lucy que no ponia en el agua mas que

© Biblioteca Nacional de España

algunas flores y que arrojaba las otras por la ventana, le preguntó por qué despreciaba las mas bonitas.

—Porque esas que llamais bonitas os harian daño. Quiero que tengais un ramillete para el recreo de la vista, pero no para que den aroma en el aposento. Nunca es bueno tener flores en el cuarto donde se duerme, y mucho menos cuando se trata del cuarto de una enferma. Ni siquiera dejaré estas aquí.

Y pasando á la pieza contigua puso el jarro sobre una mesa donde miss Davenne podia ver las flores desde su cama.

—Ahora falta otra cosa, añadió volviéndose hácia Lucy; ¿teneis costumbre de dormir con luz en el cuarto?

—Si, señor, respondió la enferma.

—Corriente, dijo el doctor.

Y llamando á Speranza la hizo traer un corcho y un pedazo de la torcida de su velon, y con esto hizo una lamparilla.

En seguida examinó otra vez el aparato de miss Davenne, y la dijo:

—Se hace tarde y me marcho. Si esta noche os sintiérais peor, lo que no espero, me enviareis á llamar á Bordighera. Aquí se hallará un mensagero, pues todo el mundo conoce la casa del doctor Antonio.

—¿Y cuánto dista Bordigore ó como vos decis? preguntó sir John abriendo la boca por la primera vez desde que habia entrado en el cuarto de Antonio.

—Hay unos diez minutos de camino, contestó Antonio. Acercaos á la ventana y vereis el pueblo.... allí, en lo alto de la colina, á la derecha.

—Gracias; decidme una cosa: ¿se puede hallar un magistrado en esta comarca?

—Tenemos un juez de paz en Bordighera, respondió el doctor.

—Muy bien; trataré de ir á verle mañana temprano: pues no quiero que el tunante del postillon se quede sin castigo.

—Si es para eso, habreis de tener un poco de paciencia, repuso el doctor; Próspero no está para nada; se halla enfermo en la cama, y no porque haya recibido ninguna herida, sino por la conmocion moral que ha sufrido. He tenido que sangrarle.

(Se continuará.)

Teatro Principal.

Revista de funciones.

Despues de *El Trapero de Madrid*, *Coquetismo* y *Presuncion*, y otras producciones ya de antes conocidas, y ahora superiormente ejecutadas por la excelente compañía que dirije el Sr. D. Joaquin Arjona, se han puesto en escena algunas del todo nuevas, y de las que, á fuer de tales, nos iremos ocupando en nuestra revista,

Principiemos hoy por *Los dos artistas*, drama en cuatro actos arreglado al teatro español por el Sr. Iznardi.

El Sr. de Velazquez, tocayo del célebre pintor de Felipe 4.°, supónese que es tambien pintor, y muy distinguido, viviendo, como aquel, en la corte de España. Digamos algo de las vicisitudes de su vida, como noticia indispensable para el drama.

El Sr. de Velazquez, siendo todavía muy jóven, habia pasado á Italia con el fin de perfeccionarse en su arte. Allí conoció á una jóven y ya notabilísima cantante llamada Fiammina. Amaronse ámbos, se unieron en matrimonio, y un hijo, nacido poco despues, parecia deber estrechar este vínculo. Sin embargo, Fiammina era ambiciosa; no bastaba á su corazon la tranquila felicidad doméstica; acostumbrada á los aplausos, á las ovaciones, á los atractivos de la gloria artística, se avenia mal con aquella existencia, y acabó por abandonar á su esposo y á su hijo, para lanzarse con alma y vida en medio del torbellino á que sus continuos triunfos la habian acostumbrado. Velazquez lloró aquel estravío funesto, pero tenia un hijo á quien consolar, bien así como á él le consolaba su ya naciente gloria. Partió á Madrid, y sus afecciones todas se encerraron en el amor de su Juanito, que al comenzar el drama llegaba ya á los veinte años, y que se habia hecho apreciar por sus excelentes prendas.

Juan amaba á una jóven, hija de un D. Melánio, caballero muy rico, senador, apasionado á las artes, y antiguo estrecho amigo de Velazquez. Correspondido con igual afecto habian ámbos jóvenes solicitado el permiso de sus padres para contraer matrimonio, y estos concluyeron por acceder, despues de algunas tibias observaciones.

Así las cosas, llega á Madrid y hace su primer salida con asombroso éxito una nueva cantante italiana, y en aquel dia mismo un general francés, rico y de corazon artista, se presenta en casa de Velazquez. Acaba de llegar á la corte de España, pero ya conoce al pintor, de quien posee algunos estimados cuadros; viene á rogarle le pinte un retrato con presencia de otro que le muestra. Velazquez palidece al verlo, y categóricamente se niega á la peticion del general. ¿Qué habia pues en aquel retrato?

Era el de Fiammina, que habiendo abandonado el apoyo de un esposo, rodeada de seducciones, no halló en sí valor para resistirlas, y cedió entregándose hacia diez años al general, con quien vivia públicamente desde entonces. Fiammina era en efecto la nueva cantante que tenia en espectacion al público entero de Madrid, y que obtiene un nuevo triunfo aquella misma noche.

Semejante circunstancia debia crear para Velazquez una posicion embarazosa. Su delicadeza le aconseja revele el secreto del nacimiento de Juan á este, ignorante hasta entonces de todo, y despues al padre de la que ha de ser su nuera, quien, sin perjuicio de su amistad, le declara que la posicion respectiva de ámbos esposos en aquel instante ofrece graves dificultades para su aquiescencia al matrimonio proyectado. Velazquez, en efecto, pensaba como él.

Una casualidad pone á Fiammina frente á frente con su hijo y con su esposo. Ella se turba y se estremece; el amor de madre se despierta al fin en su alma, corren abundantes lágrimas de sus ojos; su hijo no da muestras de conocerla, y ese es su mayor martirio. El general le pregunta en vano la causa de sus tormentos; nada ha sabido nunca de la historia de Fiammina.

Pero Juan la sabe; vé la perpetua afrenta de su padre, oye lo que de la opinion de su madre habla el mundo, y quiere poner un término á aquella situacion, tanto mas dolorosa para él cuanto que le roba la esperanza de dicha que fundaba en su matrimonio. Con esta resolucion se presenta al general y lo provoca á duelo. En vano este, sorprendido, rehusa, en vano pide explicaciones de un arrebato cuya causa ignora: insultado por el jóven, consiente al fin, y se citan para batirse.

Velazquez lo sabe; su esposa tambien, y para impedirlo corre esta á casa de su hijo. Llora, maldice su estravío, se arroja á sus piés. El padre, traspasado de dolor, ruega tambien; en aquel punto se presenta el general, y Fiammina le revela el terrible secreto de su matrimonio, del abandono de sus deberes, de las desastrosas consecuencias de aquella primera falta, y le declara su irrevocable resolucion de alejarse para siempre del mundo y de espiar en el retiro sus pasados yerros. El general, aunque agobiado por el dolor, la aprueba, y parte demandando perdon al esposo á quien involuntariamente habia ofendido. Fiammina parte tambien, despues de haber abrazado á su hijo, y de escuchar que Velazquez en el fondo de su corazon la ha perdonado.

Este drama está muy bien escrito, muy bien trazado, y tiene un maravilloso interés.—Distínguese por la nobleza atractiva de todos los caractéres y por la superior manera con que están delineados. Velazquez es la bondad suma; su hijo un jóven de gran corazon, lleno de ternura y de dignidad; el general un cumplido caballero; D. Melánio es franco, honrado, buen amigo; su hija es el tipo perfecto de la ingenuidad mas dulce y encantadora; Fiammina, en medio de sus graves faltas, aparece al fin digna de espiarlas con su arrepentimiento.

El único personage que hay allí insignificante en la accion y con un carácter poco simpático es el hijo de D. Melánio, verdadero chisgaravis que maldita la falta que hace allí en el argumento.

El interés que, como hemos dicho, posee el drama, fué poderosamente desenvuelto por la brillantez de la ejecucion, que ha sido una de las mas perfectas entre tantas excelentes. El Sr. Arjona estuvo á toda la altura de su fama. Muy bien las Sras. Alvarez y Tenorio; así como los Sres. Tamayo, Benetti y Garcia. La Sra. Fenoquio y el Sr. Albalat desempeñaban papeles tan episódicos en el drama que no les era posible mostrar en él sus reconocidos talentos; pero ayudaron, en cuanto aquellos les permitian, á la perfeccion del conjunto.

El éxito fué grande y merecido. Concluido el drama fueron llamados hasta por dos veces los actores, mientras en los ojos de muchos de los concurrentes brillaban aun las lágrimas que la ejecucion les habia arrancado.

A todos los artistas los felicitamos por esta nueva prueba que nos han dado de lo mucho que valen. Algun dia los echarémos muy de menos.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin de modas iluminado.

Vestido de señorita jóven.—Trage de tarlatana blanca. A 10 centímetros del borde de la enagua se enlazan dos bullones de tarlatana formando greca doble. Esta guarnicion se repite á 10 centímetros de distancia de la primera; un segundo trage de tarlatana, con bordes festoneados, cubre al anterior, sin ser del todo tan largo; el borde festoneado cae á unos 6 centímetros del borde del primer trage.

Corpiño escotado, guarnecido por una berta de greca doble, semejante á las del trage; mangas muy cortas, compuestas de un solo bullon. Peinado: bandós-cocas, despejando la frente y la oreja; guirnalda diadema de follage.

Trage de crespon blanco.—Lo bajo de la enagua está guarnecido con cinco volantes pequeños encañonados, de pliegues anchos; cada uno de estos volantes está orlado por dos filas de cinta estrecha de terciopelo color de malva; sobre estos 5 volantes, que cubren un espacio de unos 35 centímetros, están colocados 3 grandes volantes de encage negro no separados; una ancha banda de terciopelo malva, cuyos bordes forman una especie de enrejado, cae sobre el lado izquierdo; esta termina en un ancho fleco de felpilla.

Corpiño escotado, con drapería cubierta por un volante de encage negro, sobre el cual hay una cinta de terciopelo malva con una greca. Lazos de corpiño y hombros del mismo terciopelo.

Solucion del geroglífico.

Jacobo Palma el viejo se cuenta entre los pintores de fama del siglo XVI.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1862.—IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA. Bomba n. 1.

EL SALTO DEL CABALLO.

		gu	pos	An	lla.	mi	mar	na	cu		
		la	ti	no	de	por	La	ras,	por		
re	lo	cam	nin	Tor	da	al	tas,	na	da	puer	par
dos	con	na	en	Cas	á	del	si	sus	que	tas	mue
hie	Mo	ni	tus	lu	mes	tra	y	es	nin	te	tas
son	va	ci	sie	sus	tal	sas	gu	te	lla,	res,	en
La	tu	des	e	pa	no	y	be	Con	que	se	á
ne	as	rra	a,	de	te,	cris	año	vi	bis	la	¿de
ció	si	ves	en	de	Ni	cin	u	vi	lla.	Se	gu
fri	los	na	ma.	Lu	nes	un	el	da,	ro	qué	vi
		no	mas	sa	ña?	mi	ha	na	ves,		
		mis	No	na.	brá	co	ni	ca	y		

Principia en la 1.ª casilla de la 5.ª fila, y concluye en la 3.ª de la última, contando siempre desde arriba.

© Biblioteca Nacional de España